

COLUMNA

Rafael Pizarro
 Director de la carrera de
 Administración Pública, UTEM



Bachelet a la ONU: que gane Chile

El reciente retiro del apoyo oficial de Chile a la candidatura de Michelle Bachelet para la Secretaría General de las Naciones Unidas no constituye una muestra de “madurez diplomática” ni de “gestión responsable”. Por el contrario, representa una miopía frente a una oportunidad histórica: ofrecer al mundo un liderazgo con las condiciones necesarias para conducir Naciones Unidas y, al mismo tiempo, otorgar a la diplomacia chilena un peso internacional que pocos países de América Latina poseen. La ceguera es ideológica. La razonabilidad de la decisión no existe y las argumentaciones se desmoronan por sí solas, pues no resisten un análisis serio. Se habla de dispersión de candidaturas, pero lo cierto es que con el respaldo de Brasil y México existe una ventaja considerable que posiciona la candidatura de Bachelet como la más sólida y viable.

A los ojos del mundo, Chile no respalda a una compatriota por razones ideológicas. Se pierde así una oportunidad única de enviar señales de unidad y patriotismo, desplegando capacidad diplomática en favor de los intereses nacionales que encarna la ex presidenta. La argumentación oficial sobre la supuesta “inviabilidad” de la candidatura choca frontalmente con una realidad de peso indiscutible.

Bachelet no sólo cuenta con el respaldo de las dos potencias más pobladas de la región, sino que además posee una trayectoria internacional que muy pocos candidatos en la historia de la ONU pueden exhibir: fue la primera directora ejecutiva de ONU Mujeres y Alta Comisionada para los Derechos Humanos, enfrentando con templanza crisis en escenarios complejos como China y Cuba.

Resulta incomprensible que, existiendo un consenso explícito en torno a que el próximo liderazgo de la ONU recaiga en una mujer latinoamericana, Chile le dé la espalda a una compatriota que reúne atributos de sobra y es realmente competitiva. Bachelet cuenta con experiencia de Estado—electa y reelecta con amplias mayorías— y una capacidad probada para generar acuerdos y consensos. Renunciar a su postulación bajo el pretexto de un “análisis de escenario” implica, en la práctica, privar al sistema multilateral de una estadista confiable y necesaria.

Chile tenía la oportunidad de ofrecer al mundo lo mejor de sí. Lamentablemente, la miopía política ha optado por la retirada antes que por la defensa de un liderazgo que ya es patrimonio global. En definitiva, la bandera chilena no sólo debe llevarse en la solapa, sino que también en las decisiones de gobierno.